

UN MUNDO MEJOR PARA LOS CARACOLES



Texto por: Natalia Alarcón Mosquera

Asoc. Cultural Dimes y Diretes

<http://unmundomejorparaloscaracoles.blogspot.com>

Desde que mi sobrina Andrea me pidió ayuda para construirle un mundo mejor a los caracoles existe un antes y un después en mi vida. Les cuento: estaba yo una tarde entreteniéndome entreteniendo a las hijas de mis hermanos con juegos varios cuando la niña de mis ojos tiró de mi chaqueta y me dijo aquello, que si podía ayudarle a construir un mundo mejor a los caracoles. Tratándose de Andrea y de tan sugerentes animalillos no tardé ni un segundo en ponerme manos a la obra.

La labor consistía en cavar pequeños agujeros para que dichos moluscos pudiesen dormir a placer llegada la noche. Ni más, ni menos.

- ¿Y si construimos un tejadito con hojas, Andrea?
- Los caracoles tienen caparazón, tía, no necesitan tejaditos.
- Tienes toda la razón.

Como les digo, desde aquella tarde, mis ojos filtran el mundo de otra manera. He recuperado la fe en la sociedad, en las ideas, en los sueños y, si bien no podría hablar de fe para referirme al movimiento cultural, al menos diré que desde la dura jornada cavando agujeritos en la tierra mi perspectiva sobre la cultura es bien distinta y, si ya antes de todo esto, Ciudad Real me encantaba, ahora me fascina.

Construyendo un mundo mejor para los caracoles caí en la cuenta de que era realmente fácil llevar a cabo

la empresa, cualquier empresa. No es que Andrea hubiese aparecido aquella tarde con la fórmula idónea para despejar la incógnita, sencillamente quien les escribe nunca se había parado a pensar que un mundo mejor para los caracoles era posible. Además, la solución de mi sobrina tampoco me pareció del todo apropiada en tanto que yo hubiese colado unas hojas a modo de tejadito; lo que me pareció sublime –y aún hoy me lo sigue pareciendo– es el procedimiento que siguió aquella renacuaja con aires de Mafalda.

El motor de todo fue, sin duda alguna, su pasión por los animales, y también el azaroso destino que quiso poner en nuestros ojos a varios caracoles arrastrándose por la huerta de mi padre. No obstante, la clave radica en que Andrea se puso en las babas de un caracol y llegó a la conclusión de que lo único que esos animales necesitaban era un agujero en la tierra para descansar cuando dejasen de sacarle los cuernos al sol (Los caracoles tienen caparazón, tía, no necesitan tejaditos).

Asumo que trasladar este *modus operandi* (el de ponerse en las babas del caracol) a según qué aspectos puede ser mucho más que peligroso. A tenor de lo expuesto, alguien podría aducir que Hitler actuó como actuó porque se puso en la piel del ciudadano medio y llegó a la conclusión de que lo mejor para todos sería mantener a toda costa un patrón único, el de la raza aria que dicen (hay que ver lo mal